

tuario del Cobre, que está como á cuatro leguas de la ciudad, en donde celebraron todos la santa Misa y cantaron un solemne Oficio, que dijo el señor vicario general, D. Juan Nepomuceno Lobo; el Sr. Arzobispo consagró su diócesis á la Madre de Dios y la puso bajo su especial protección, invocándola con el título á que más devoción tenía la Isla, y con esta ceremonia se dió por terminado todo lo concerniente á aquel felicísimo viaje, de tanta edificación para los pasajeros, de tanto interés para el bien moral y aun material de Cuba, y de tanta gloria para el Señor por los resultados que tuvo. Con esto damos también fin á este capítulo, para comenzar en el siguiente la narración de las nuevas empresas del Varón de Dios.



CAPÍTULO II

DE CÓMO ATENDIÓ AL DESEMPEÑO DE SUS DEBERES PASTORALES, MAYORMENTE EN LAS SANTAS VISITAS Y EN LAS MISIONES

1. Propósitos que hizo en el nuevo cargo.—Cuán presentes tenía los deberes del Prelado.—Cómo atendía al bien espiritual de sus familiares.—Su solicitud pastoral para con el clero.—2. Misiones en la capital de la diócesis.—Comunión general extraordinaria.—Correspondencia interesante.—Distribución de cargos.—Envía á sus compañeros á las Misiones.—3. Visita pastoral en Santiago, en el Caney y en el Cobre.—4. Pasa á visitar á Puerto Príncipe.—Estado de los ánimos en esta ciudad con motivo de la guerra.—Prudencia con que se portó.—Cómo contribuyó á la pacificación de Puerto Príncipe.—Intercede por los rebeldes arrepentidos.—Frutos de sus desvelos.—5. Misiones de sus compañeros y fruto de ellas.—Enfermedad del P. Currius y su convalecencia.—Misiones del P. Claret en Nuevitas, Mayá, San Miguel y San Jerónimo, y su vuelta á Puerto Príncipe.—Enfermedad gravísima del Padre Barjau.—El Siervo de Dios profetiza su curación.—Vuelve á Santiago.—6. Nuevas excursiones pastorales por su diócesis, y trabajos que en ellas pasó.—Escena encantadora.—El caballo perezoso.—Curación milagrosa.—Resueltos maravillosos de su celo pastoral.

1. Elevado es por muchos conceptos el estado sacerdotal, y seguramente que para desempeñar los ministerios que entraña con el decoro conveniente, menester es una virtud nada vulgar que sobresalga entre la de los demás fieles, como el sol entre las estrellas y aun más, pues que incomparablemente mayor es la dignidad sacerdotal, que distingue al ministro del Señor de los demás hombres, que la brillantez y hermosura del rey de los astros en comparación de las demás lumbreras que lucen en el firmamento. Pero si el simple sacerdote está por esta causa obligado á labrar en su alma más subidos quilates de virtud que los que puede tener el que sólo aspira á ser fervoroso cristiano, el que por la consagración episcopal ha llegado ya á la cumbre del sacerdocio ha de ser dechado y forma de toda virtud, conforme á la doctrina del Apóstol, el cual, en sus cartas á Timoteo y Tito, trazó con

mano maestra el ideal de un Prelado de la Iglesia, que deben todos imitar, si no quieren que el Señor cumpla en ellos la amenaza hecha á los obispos de Éfeso por carecer de la perfección á que estaban obligados.

Bien persuadido de esta doctrina el Siervo de Dios y de los deberes que con la nueva dignidad había contraído, si hasta entonces había procurado resplandecer en toda virtud y señalarse en la santidad, en adelante trabajó, si cabe, con mayor empeño en perfeccionar la obra de su santificación, atendiendo á las tildes y motitas que pudieran más ó menos empañar la divina brillantez de su levantado espíritu. Su anhelo principal fué matar en sí todo lo que nacía del amor propio, para revestirse enteramente de Jesucristo y hacer de su alma una perfecta imagen del crucificado. Refléjase lo primero en algunos propósitos y reflexiones que hizo por aquel tiempo y que se conservan manuscritas de su mano. “Pediré,—dice,— á María santísima una profunda humildad con deseos de ser despreciado. Tendré grande estimación de la virtud de todos, mirándolos como á mis superiores. Nunca hablaré de mí ni bien ni mal: si alguna vez me viere precisado á hacerlo, será como hablando de tercera persona, á imitación de San Pablo.”

“La cosa que más debo procurar,—dice en otra nota,— es la paz interior; y así en las contrariedades no me enfadaré ni hablaré, ni indicaré pena alguna por lo que contra mí digan ó hagan. En cada cosa criada debo ver como un espejo, en que se refleja la bondad, sabiduría, poder y hermosura de Dios; á Él debo dirigir mi atención y amor. Deseo padecer por Jesucristo; deseo impedir las ofensas que se hacen á Dios, y que todos los castigos, penas y dolores caigan sobre mí. A un Misionero dijo el Señor que para la salvación de las almas le había á él preservado de caer en el infierno. Y á mí me sacó de la mar y de otros peligros para que procurase su mayor honra y gloria y la salvación de las almas; por lo mismo estoy resuelto á sufrir penas, trabajos, desprecios, mofas, murmuraciones, calumnias, persecuciones, muerte, para decir con el Apóstol: *Omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur* (1). “Todo lo sufro por amor á los escogidos, para que consigan también ellos la salvación del alma.”

(1) II Tim., II, 10.

Lo segundo, es decir, su anhelo por imitar en todo á Jesucristo parece claro por este otro propósito, que hizo en el año 1850, después de su promoción á la dignidad episcopal: “Por la mañana, al despertarme, me acordaré de Jesús cómo se despertaba y se ofrecía á su Eterno Padre. Me levantaré prontamente y ofreceré á Dios mi corazón y todas mis obras; al hacer oración pensaré cómo Jesús oraba; en cada obra me acordaré de lo que Él hacía y cómo lo hacía, á fin de imitarle en la intención en hacerla y en la perfección en practicarla.” Excitábase también, como buen hijo, con el ejemplo de María santísima. “Pondré,—dice,— grande atención y esmero en hacer bien las cosas, estando siempre sobre mí en cada una de ellas, imitando á María santísima, que hacía bien cada cosa en particular, aun las más comunes y ordinarias.” Esta escrupulosidad con que atendía á sacar con perfección las cosas al parecer más insignificantes, era hija legítima de la pureza de alma con que pretendía servir al Señor en el nuevo y elevadísimo estado á que le había levantado su infinita misericordia para bien de innumerables almas, con lo cual intentaba disponerse á recibir de la divina Sabiduría las ilustraciones celestiales que había menester para el recto gobierno de su diócesis, y la fortaleza y constancia para vencer las dificultades que sin duda le opondrían las pasiones de los hombres y los eternos rencores del enemigo de nuestra salvación. Por esta razón, entre los medios de que se valía para acertar en el régimen de su Arzobispado, era uno y principalísimo la oración, aunque no por esto descuidaba los demás. A tres los reducía todos nuestro Padre en unas notas manuscritas que se hallaron entre sus papeles. “Los medios,—dice,— para alcanzar las gracias necesarias al buen gobierno de una diócesis, son la oración, el estudio y el consejo.”

Con tal diligencia atendía el virtuosísimo Arzobispo al recto desempeño de todos los deberes propios de un Prelado, que para tenerlos más á la vista y no descuidar ninguno de ellos los puso en un cuadro sinóptico que por fortuna se pudo hallar entre sus papeles, aunque muy deteriorado. Hablando en la introducción de este precioso tratado sobre los deberes del Obispo, cita, para animarse á trabajar, la terrible sentencia de San Félix, que decía: “Un Obispo ha de estar preparado á una de estas tres cosas: á ser envenenado, procesado

ó condenado: si cumple con sus obligaciones, los hombres le envenenarán ó procesarán, como procesaron á Jesucristo, á los Apóstoles, etc.; y si no cumple, Dios le condenará, como lo tiene amenazado en las divinas Escrituras. „ Tres géneros de obligaciones tiene, según el P. Claret, un Prelado: las que se refieren á Dios, las que miran á sus feligreses y las que atañen á sí mismo.

Los deberes del Prelado para con Dios los reducía á ser un verdadero imitador de Jesucristo, á procurar que el Señor no fuera ofendido, sino antes bien conocido, amado y servido de todos, y á promover la devoción al santísimo Sacramento, á María santísima, á los ángeles y Santos, para todo lo cual propone reglas más particulares. Los deberes para con sus feligreses los divide según que éstos sean eclesiásticos, religiosos ó seculares, y para cada uno de ellos da atinados consejos, basados en las mejores reglas de un buen gobierno. Por último, en los deberes para consigo mismo comprende las virtudes más necesarias á un Prelado, y además incluye en ellos, por formar un cuerpo moral con el Prelado, los deberes de los que trabajan en su curia y los que atañen á sus domésticos.

Lo primero que hizo el Siervo de Dios después de su llegada á Cuba y de poner su diócesis bajo la maternal protección de Nuestra Señora del Cobre, fué recogerse con sus familiares á hacer los santos ejercicios para disponerse á emprender las tareas que meditaba para la reforma de la diócesis, con las ilustraciones del Señor y con las fuerzas espirituales que en ellos suelen recobrase. Encerrados solos en el Palacio episcopal, guardaban riguroso silencio, no recibieron en los diez días que duraron ni cartas ni oficios, ni despacharon negocio alguno, sino que pasaron aquel santo tiempo en un retraimiento absoluto de todas las criaturas y en una soledad por todos lados silenciosa, donde sólo se oía la voz de Dios hablando en lo secreto del alma y la palabra ardiente del Padre Claret, quien en las conferencias espirituales que daba á sus compañeros los alentaba y enervorizaba de un modo extraordinario para acometer luego con bríos las batallas del Señor. Para predicarles más con el ejemplo que con la doctrina, y para ejercicio de humildad y abnegación, besó á todos los pies al fin de los ejercicios. Entre los propósitos que en ellos hizo el Siervo de Dios, y que llevan por fecha el 1.º de

Marzo de 1851, figuran el andar siempre en la presencia de Dios y hacerlo todo para su mayor honra y gloria, lo cual, del modo que él lo proponía y practicaba, pertenece á la unión íntima y trato amistoso y secreto con el Señor. Propuso también que en concurrencia de dos cosas escogería la de mayor perfección y que tendría presente aquella máxima de Epiceto: *Abstine et sustine*: „abstente y sufre.„; abstente de la gula y de cualquier gusto corporal; sufre el trabajo, la enfermedad y el desprecio.

Encendido más y más su celo en la fragua de la prolongada oración de aquellos días, creció sobremanera la solicitud pastoral con que se propuso atender á la grey que el Buen Pastor le había encomendado. Comenzó á desplegarla en sus familiares, á los que instruía y amaestraba por sí mismo en toda virtud. Conocía muy bien la influencia que en la diócesis ejerce la acertada elección de los familiares del Prelado y el que resplandezcan en la santidad, y así, entre las notas que para su uso escribió acerca de los deberes de un Obispo, dejó anotado lo que corresponde á sus domésticos. Tan alta idea tenía formada de la importancia de este asunto, que solía decir que el mayor acierto de un Prelado consistía en la elección de familiares y domésticos y en no hacer caso de empeños, pues si en esto yerra quedará sola la cabeza, sin manos ni pies. „Al señor cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, — escribía el Siervo de Dios en confirmación de lo dicho, — hízole feliz en su familia y gobierno el canónigo Urraca; al Sr. D. Pedro de Moya, arzobispo de Méjico, el Sr. D. Juan de Salcedo, secretario suyo; y como éstos se podrían citar otros.„

Efecto de estas enseñanzas, que el Varón de Dios era el primero en poner por obra, fué la paz y tranquilidad que siempre reinó entre todos sus familiares y domésticos, para lo cual se valió de cuatro medios muy excelentes y de una eficacia á toda prueba. Fué el primero el método de vida que observaban. Todos los días se levantaban á una hora fija y determinada y hacían en común media hora de oración mental, á la que no faltaba ni un solo individuo de casa. Comían y cenaban juntos, y durante la comida tenían lectura espiritual, que hacía por turno uno de ellos. Después de la comida y de la cena se juntaban todos para tener un rato de expansión, en la cual se veían y comunicaban entre sí, y terminaban el día rezando en

comunidad el santo Rosario y otras devociones. Esta semejanza y uniformidad de vida tan recta y ajustada, engendraba naturalmente el amor de unos á otros y una santa alegría que les hacía llevadera cualquier carga. El segundo medio eran los ejercicios espirituales, que en un tiempo determinado hacían cada año por espacio de diez días reunidos en el Palacio episcopal. En ellos servían todos por orden y leían en la mesa, comenzando por el Sr. Arzobispo. Á instancias de los mismos familiares las pláticas estaban siempre á cargo del P. Claret, y como éste al fin de ellas tenía por costumbre besarles á todos los pies, los familiares, movidos con tan santo ejemplo, pedíanle permiso para besárselos á él y á los demás de casa, y así, con tan tierno acto de humildad, se arraigaba más en todos ellos la caridad, la paz y la mansedumbre, y estaban muy ajenos de la envidia y rivalidad, que suele ser carcoma de palacios y fraguadora de disgustos y tumultos. Para estar más lejos de cuanto pudiera perturbar la paz que entre ellos reinaba, prohibíales el P. Claret tener entre sí amistades particulares, y los exhortaba á que todos se amasen igualmente unos á otros como hermanos. Menos toleraba estas amistades particulares con los de fuera de casa, por los muchos sinsabores y escándalos que suelen acarrear; y así, no habiendo necesidad, no hacían visitas á las familias ni se dejaban visitar de ellas, pues la experiencia les había enseñado que este medio es utilísimo y aun necesario para evitar disgustos, celos, envidias, murmuraciones y otros males. Para acabar de afianzar entre los suyos la paz y concordia, como último medio les prohibió, con toda la fuerza de su autoridad, leer papeles anónimos, á lo cual añadió la súplica por el amor y cariño que les profesaba.

La caridad y el orden que en casa del Sr. Arzobispo reinaba era la admiración de propios y extraños, la cual subía de punto cuando la miraban de cerca. Tenía dada orden de que todos los sacerdotes forasteros, fuesen ó no de la diócesis, se hospedaran en su Palacio por los días que quisieran, tanto si él estaba en casa como si se hallaba ausente. Un canónigo de la Isla de Santo Domingo, llamado Gaspar Hernández, hubo de abandonar su destino á causa de las revueltas revolucionarias de su República; fuése á Cuba, y el Varón de Dios le recibió y hospedó con gran cariño en su Palacio, en el que per-

maneció, comiendo y viviendo con los familiares de nuestro Padre, por espacio de tres años. Iban á su casa eclesiásticos de los Estados Unidos y de otros puntos, y todos hallaban en ella cariñosa acogida y seguro albergue. Parecía que el Señor los llevaba allí de las más remotas regiones para que, como la reina de Sabá, contemplasen aquel maravilloso espectáculo de la caridad y concierto que reinaba en su casa. Su palacio era como una colmena, de la que unos salían y en la que otros entraban, según las disposiciones que daba el Siervo de Dios, y así en lo uno como en lo otro andaban todos muy contentos y alegres, con admiración de los huéspedes, que no dejaban de alabar á Dios por ello.

Después de los suyos, extendíase en primer término su solicitud pastoral al clero de la diócesis, por ser el que más derechamente influye en las costumbres del pueblo. Al poco tiempo de llegar dirigió los ejercicios al clero de Santiago, y todos los años siguió dándolos él mismo á los demás sacerdotes del arzobispado, á lo menos en las ciudades principales. Para que más fácilmente pudieran todos los sacerdotes alcanzar la santidad que exige su encumbrado ministerio, formó un excelente plan de vida, al que procuró con todas sus fuerzas que se ajustaran todos los presbíteros que estaban bajo su jurisdicción.

2. A los pocos días de haber tomado posesión de su Silla, con el comienzo de la Cuaresma dió principio á una Misión en la Santa Iglesia Catedral y en la de San Francisco, que después de aquella era la más espaciosa de Santiago. Su Excelencia predicaba con extraordinario concurso en la primera, y el Padre Vilaró en la segunda. Los demás se distribuyeron por los restantes templos de la ciudad para enseñar el Catecismo á los niños y oír las confesiones de los fieles. El fruto fué inmenso, como se demostró por el inexplicable concurso de gente que se acercó á la comunión general del último día. Entre los felices resultados de esta Misión merece citarse el que anotó en sus declaraciones; ante el tribunal que instruía la Causa de Beatificación, el canónigo y familiar del Siervo de Dios, D. Antonio Barjau. "Al llegar,—dice,—el Siervo de Dios á Santiago de Cuba, la mayor parte de los chiquillos de uno y otro sexo andaban desnudos por las calles, y efecto de aquella Misión que duró toda la Cuaresma, mudó la ciudad de aspecto;

de suerte que, excepto en los arrabales, todos se cubrieron, y no se puede dudar que fué á consecuencia del copiosísimo fruto de la misma Misión, pues la comunión general que se hizo al concluir la duró desde las seis de la mañana á la una de la tarde, siendo tres los sacerdotes que la administraban. Se aseguraba que en la ciudad no había quedado uno sin recibir la comunión (1). „

El mismo Siervo de Dios se maravillaba del copioso fruto recogido en aquella primera Misión, como lo escribía al ilustrísimo señor Obispo de Vich con fecha de 28 de Marzo de 1851; mas para que el fruto fuese duradero, formó varias Congregaciones: una para solos hombres, llamada Escuela de Cristo; la de San Luis Gonzaga para los estudiantes, la Congregación de los Dolores para los hombres y mujeres indistintamente, lo mismo que la Cofradía del Rosario y la Hermandad de la Doctrina Cristiana. A los dos meses de su permanencia en Cuba se había ya granjeado el afecto de todos los isleños y llamado la atención de las autoridades por el extraordinario movimiento religioso levantado en aquellas posesiones, hasta entonces tan abandonadas en la parte moral. Los desvelos de su solicitud pastoral arrancaron acentos de entusiasmo á los españoles sensatos que moraban en la Isla, y uno de ellos, testigo presencial de las maravillas obradas por el P. Claret con la fuerza de su palabra, con el ardor de su celo y con las prudentes medidas tomadas desde el principio de su gobierno, escribía en estos términos á un amigo suyo de Barcelona: "El Sr. Arzobispo y los que tienen la dicha de acompañarle, son cada día más amados y considerados, no sólo en la metrópoli, sino en la Habana. Ha prestado ya grandes servicios al país y al Gobierno... Así se explica la preponderancia que á los dos meses de su llegada ha adquirido ya el Sr. Arzobispo; tan grande y tan absoluta es en Cuba, que hoy está siendo el objeto de las conversaciones de todos y ha producido una considerable reforma en las costumbres. Terminada la Misión en esta ciudad, siguen sus efectos como si durase todavía. Todos los días se arreglan matrimonios desunidos, el concubinato va extirpándose, se verifican grandes restituciones, porque el Sr. Claret es dueño de los corazones de los cubanos de esta parte orien-

(1) Declaración del ilustre D. Antonio Barjau. Ad art. 45.

tal. En los partidos ansían su llegada: las gentes vienen de treinta y cuarenta leguas á confesarse y arreglar sus conciencias. La venida de este santo Prelado, que no entiende de política y que se atiende sólo al Evangelio, única doctrina que predica, es un gran paso para la tranquilidad y conservación de la Isla, como lo reconocen y confiesan todas las autoridades, convencidas de la grande importancia de este varón esclarecido y de lo mucho que de él debe esperarse en la reforma de las costumbres y sumisión de los subordinados á sus legítimos superiores. El celo y la actividad de este Prelado alcanzan á todas partes. Concluída la Misión en las principales iglesias, la hizo extensiva á los cuarteles, cárceles y presidios. El éxito ha sido completo, de modo que no hay clase en la sociedad que no bendiga al virtuoso Arzobispo. Pronto se establecerá una Congregación de Doctrina Cristiana, consagrada á los Corazones de Jesús y de María, en la que los tres curas toman mucha parte, y se tomará por protector á San Luis Gonzaga. Cuarenta jóvenes ordenandos están ya divididos en tantas secciones como iglesias, y desde el miércoles de ceniza acuden todas las tardes á ellas, á las órdenes de un Misionero, para enseñar á los niños la Doctrina. Los templos se llenan. El resultado es tan satisfactorio, que ya son los menos los niños y niñas, blancos y negros, que no saben el compendio de lo esencial para salvarse, redactado por el Sr. Arzobispo. Otros muchos van sabiendo el Catecismo del mismo, y todos los domingos, por la tarde, salen los niños con los Misioneros de la Catedral rezando el Rosario en procesión, y en tres atrios de tres de las iglesias donde se verifica la catequística, tienen un certamen, subidos en unas mesas; se les premia con una medalla, y continúa la procesión hasta volver á la Catedral, donde se efectúa el último certamen, se cantan el *Santo Dios* y las *Avemarias*, y se termina la procesión. Es un gusto ver los buenos efectos de esta práctica. „ Para prueba de la extraordinaria mudanza obrada en los corazones de los habitantes de Santiago por medio de esta Misión, baste decir que muchos jóvenes pedían confesión hasta por las calles, cuando antes no se atrevían ni en las sacristías (1).

Pasada la Cuaresma y concluídas las Misiones y ejercicios

(1) Carta de D. Paladio Currius á D. Julián Martí, 23 de Noviembre de 1851.

dados en Santiago, distribuyó los cargos entre sus familiares. Al P. Juan Nepomuceno Lobo, que era el más entendido en Derecho, le nombró su Provisor, y en sus ausencias Gobernador eclesiástico; al P. D. Felipe Rovira, profesor de Gramática latina, y al P. Juan Pladevella, catedrático de Teología moral. A los demás, en calidad de Misioneros, á imitación de Jesucristo, que envió á sus discípulos de dos en dos á las ciudades y aldeas adonde había de ir Él á predicar, los mandó el Siervo de Dios, distribuídos en parejas, á los pueblos que había de recorrer en su visita pastoral para que los prepararan y dispusieran á recibir la gracia del Señor, pues él no podría detenerse en ellos muchos días. A más de los compañeros que el P. Claret se trajo de España, en Cuba mismo se le juntó un celoso Padre capuchino, llamado Esteban Adoain, el cual, como fuera muy perseguido en la Habana á causa de sus predicaciones, se refugió en la diócesis de Santiago, en donde trabajó mucho tiempo como Misionero, hasta que, después de haber pasado á Guatemala, se retiró á un convento de su Orden. Entró, pues, también en el reparto que de las Misiones hizo el P. Claret, quien le destinó, juntamente con el P. Paladio Currius, al pueblo del Coney. Los Padres Manuel Subirana y Francisco Coca fueron enviados á la ciudad del Cobre, y D. Lorenzo Senmartí y Antonio Barjau á Puerto Príncipe. Encargó á estos últimos que perseverasen en la ciudad hasta que él fuese á ella, porque se la había reservado para sí y su secretario, el P. Vilaró.

Como quien tanta experiencia tenía en el difícil arte de dar Misiones y sabía lo mucho que interesa al bien de los pueblos el que los Misioneros sean en todo irreprehensibles y no den ocasión por concepto alguno á las críticas y censuras de los malévolos y á la desedificación de las personas sencillas é ignorantes, antes de dejarlos partir á sus pueblos respectivos les dió algunos avisos muy prudentes y oportunos, los cuales el Siervo de Dios, en sus notas manuscritas, redujo á los siguientes: "1.º No quejarse del clima, de la tierra, de los frutos, etc.; antes bien, alabar lo que sea digno de alabanza. 2.º No elogiar nuestra patria (se refiere al país natal), sus frutos, sus costumbres, etc., ni hablar siquiera de ella. 3.º Mantener siempre una mansedumbre inalterable. 4.º Ser desinteresados, de manera que no vean en nosotros el más pequeño apego al

interés ni al regalo. 5.º Ser castos como los ángeles del cielo, de modo que no tenga la gente motivo de sospechar de nosotros lo contrario en lo más mínimo, particularmente en orden á mujeres, niños, etc. 6.º Ser celosos, píos y devotos, singularmente de María santísima (1)."

Con estos sabios consejos amaestró á sus dignos compañeros en la ciencia de ganar almas para Dios por medio de la predicación evangélica, y cuán felices fueron los resultados lo veremos en parte dando cuenta de las visitas pastorales y de las Misiones que, ayudado de los suyos, dió en toda la archidiócesis.

3. Entre los deberes más esenciales de los Obispos cuéntase con razón la visita pastoral, pues mediante ella el Prelado conoce más perfectamente á sus ovejas, el estado moral de las poblaciones y los medios más adecuados para remediar sus necesidades. Por esto el santo Concilio de Trento la prescribió tan encarecidamente á todos los Prelados, y los Pastores más celosos, como San Carlos Borromeo, la practicaron con tanto esmero aun á costa de su salud y de los mayores sacrificios. Convencidísimo estaba de ello el Siervo de Dios, y así lo manifestó en los Apuntes que para su uso tenía, por medio de una comparación muy noble é ingeniosa, como la mayor parte de las suyas. "El Prelado, — decía, — debe visitar la diócesis cada año, ó á lo más tardar cada dos años; no estar siempre fijo en su palacio. Si el sol mirara siempre desde un mismo punto á la tierra, de poco provecho le serviría; pero girando continuamente de uno á otro la alumbra, calienta y fecunda toda. Otro tanto debe hacer el Prelado para alumbrar, calentar y fecundar su diócesis."

Y á la verdad, que si esta visita es necesaria á todas las diócesis, la de Santiago la había entonces menester en gran manera, pues á causa del abandono en que la habían tenido los que debían atender á su remedio, había en ella algunos pueblos que nunca habían sido visitados, y otros, como todos los contenidos en el importante distrito de Baracoa, que hacía ya muchísimos años que no habían podido contemplar el rostro de su Pastor. Por todas estas causas, nuestro Padre, apenas terminó la Misión con tan feliz éxito dada en la capital de su

(1) Notas manuscritas del señor arzobispo Claret.

diócesis, mandó, como se dijo, á sus Misioneros á varias poblaciones para que dispusiesen á sus habitantes á recibir la visita pastoral, y él entretanto se quedó en Santiago, en donde abrió desde luego la santa visita, comenzando por la Catedral y siguiendo por las parroquias y las demás iglesias. Todos los días administraba el sacramento de la Confirmación; y como la muchedumbre de los que habían de recibirlo era tan grande, para evitar la confusión que suele reinar en semejantes casos mandó imprimir unas papeletas, en cada una de las cuales se habían de escribir los nombres del confirmando, de sus padres y del padrino ó de la madrina, si era niña la que se había de confirmar. Entregábanse tantas papeletas al señor Cura cuantos eran los confirmandos de su parroquia; luego el señor Cura, tres días antes, las iba distribuyendo por barrios para que se pudieran preparar los que habían de recibir dicho Sacramento. En el día señalado para la ceremonia sólo se permitía entrar en la iglesia á los que presentaban papeleta, con lo cual no había gritos ni se cometían otras irreverencias en el templo (1).

Como la devoción del P. Claret á la santísima Virgen era tan tierna y singular, se echaba de ver hasta en los más insignificantes pormenores de su vida, como se probó en este caso, pues en las papeletas de confirmación hizo grabar la imagen de la Madre de Dios, que se venera en su santuario del Cobre, para fomentar por todos los modos posibles tan provechosa devoción en los corazones de los fieles. Pasaba aún más allá la industriosa solicitud del Siervo de Dios, pues en estas mismas papeletitas, por el reverso de la cara, en donde estaban los nombres del confirmando, de la parroquia, etc., y la fecha de la confirmación, imprimió, para instrucción de los que habían de recibir este Sacramento, algunas advertencias sobre los requisitos para la Confirmación, sobre quiénes pueden ser padrinos en ellas y sobre las obligaciones que contraen.

Con estas y otras industrias parecidas de que se valía el Siervo de Dios, el resultado de la visita pastoral de Santiago fué en extremo satisfactorio, y en poco tiempo se adelantó mucho.

Luego, por una Pastoral que publicó en 8 de Mayo de

(1) Carta del P. Claret al Ilmo. Obispo de Vich, 23 de Marzo de 1851.

aquel año, anunció á todos los fieles su visita á los demás puntos del arzobispado. "Empezamos,—les decía,—nuestras apostólicas tareas por esta ciudad, pues siendo la cabeza de todo el arzobispado, parece que debe ser preferida á las demás; y estos ciudadanos se han prestado con tanta docilidad, fervor y devoción, que el grano de la divina palabra ha producido en sus corazones fruto centuplicado. No dudemos, venerables hermanos, que los mismos prodigios que ha obrado aquí obrará en vuestras parroquias la divina palabra que venimos á predicaros, y los santos Sacramentos que vamos á administraros, pues que nos han informado de la docilidad de esos feligreses, de la afición que tienen á las cosas de Dios y del deseo con que nos esperan.

„ Y para que nuestra visita y predicación no encuentre ningún obstáculo y pueda producir todo el buen resultado que es de esperar, nos ha parecido conveniente escribiros la presente para manifestaros nuestro deseo y propósito de pasar á vuestra residencia cuanto antes, y la confianza en que estamos de que nos haréis entretanto el oficio de San Juan Bautista ó de precursor del Señor, preparándonos los caminos á la gracia que en nombre de nuestro Señor Jesucristo os venimos á comunicar. „

Después baja á describir en particular el modo que habían de tener para quitar el vicio dominante entre aquellos isleños, que era el amancebamiento, y luego, como el apóstol San Pablo dirigiéndose á los fieles de Corinto, decía nuestro celoso Pastor á los suyos: "Finalmente: exhortaréis... á todos los que viven en mal estado que procuren enmendarse y disponerse de manera que cuando nos hallemos entre vosotros no tengamos que obrar como juez contra el reo, sino como padre el más tierno y amoroso, que os ama á todos en Jesucristo. Al propio tiempo os mandamos que el primer domingo que ocurriere después de haber recibido la presente, la leáis á vuestros feligreses en el ofertorio de la Misa, y que en los demás días de fiesta, en el mismo ofertorio de la Misa, leáis algún trozo de nuestro Catecismo, á fin de que haya uniformidad con esta ciudad, donde todos ó la mayor parte han procurado aprenderlo. Luego que lleguemos os comunicaremos lo demás de viva voz, y vosotros y los señores comandantes de partido ya nos diréis de palabra todo lo que conociereis que es de